



## TIEMPOS DE POSVERDAD: ¿QUÉ VERDADES SON POSIBLES EN POLÍTICA?

Pedro Abellán Artacho

### Resumen

*Este artículo analiza la popularizada idea de “posverdad” como un régimen de discurso en el que la naturaleza verdadera o falsa de los hechos deviene irrelevante en favor de otras dimensiones emocionales o políticas. Con este propósito, se contextualiza la cuestión como parte del problema, perenne en la historia de las ideas políticas, para delimitar las posibilidades de verdad en los discursos políticos. Se rescatan algunas reflexiones clave al respecto, como la crítica socrática al sofismo, la “objetividad” posible en Ciencias Sociales, la diferencia entre hechos y juicios de valor o las peculiares cualidades del pensamiento político. Además, se proponen diversas causas que han podido contribuir a los recientes avances hacia la posverdad: la radicalización del conflicto social, la expansión del principio igualitario democrático, la revolución tecnológica digital o el impulso neoliberal al individualismo desentendido y a la invasión de la racionalidad instrumental en el mundo de la vida.*

*Palabras clave:* Posverdad; ideologías; discurso; pensamiento político.

### Abstract

*This article analyses the popular idea of “post-truth” as a discourse regime in which the true or false nature of facts becomes irrelevant in favour of emotional or political factors. Here, this issue is contextualized as part of one of the perennial problems in the History of Political Ideas: that on the delimitation of the possibilities of truth in political discourse. In this sense, it recovers some key reflections on the matter, such as the Socratic critic to sofism, the kind of objectivity that is possible in Social Science or the difference between facts and value judgements or the particularities of political thought. Moreover, several causes are suggested to explain the recent advances of post-truth: the radicalization of social conflict, the expansion of the democratic egalitarian principle, the digital technological revolution or the neoliberal boost to uncompromised individualism and the invasion of instrumental rationality into the lifeworld.*

*Keywords:* Post-truth; ideologies; discourse; political thought.

*Y es que en el mundo traidor nada hay verdad ni mentira: «todo es según el color del cristal con que se mira»* (Ramón de Campoamor, 1817-1901).

Aunque el término se puede rastrear al menos hasta 2004<sup>1</sup>, la “posverdad” está de moda, convirtiéndose para el Diccionario Oxford en la palabra de 2016. Los picos de uso coincidieron con el referéndum del *Brexit* y la elección de Donald Trump como presidente de los EE.UU. de América, lo que podría sugerir que se trata de una expresión para descalificar las decisiones, equivocadas según las cabezas bien pensantes, del populacho ignorante e influenciado. Aunque este uso ha podido contribuir a su difusión, nos encontramos ante un fenómeno bastante más profundo.

Conviene distinguir la posverdad de la mentira. Uno no puede decir “una” posverdad como se dice “una” mentira. Se encuentran pues a distinto nivel lógico. La mentira se aprovecha de un entorno en el que la verdad cuenta y trata de hacer pasar como tal lo que no lo es. Sin embargo, la posverdad supone un cambio de ese entorno o régimen de discurso; un mundo en el que ya no importa si los discursos son verdad o no, ficticios o no. Así, el diccionario arriba citado definía el adjetivo *post-truth* como “relativo a o que denota circunstancias en las que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública que los llamamientos a la emoción y a la creencia personal”<sup>2</sup>. Añadiría: o menos que el interés político o que la pereza o el orgullo.

Una de las cuestiones que esta crisis de la verdad suscita, sin embargo, es si realmente hay verdades en política. Para empezar, si pueden conocerse “hechos objetivos”. En otras palabras: si la ciencia, como ámbito en el que se institucionaliza la razón en busca de verdad, es capaz de realizar este trabajo y, como resultado, poner límites a la discusión política. No en vano, uno de los primeros usos periodísticos del adjetivo fue criticar a los políticos negacionistas del cambio climático.

Los nuevos alumnos de primero de Ciencias Políticas lo repiten rápido: “el conocimiento es subjetivo”. A este prejuicio posmoderno han contribuido ciertos malentendidos en torno a algunas limitaciones de la ciencia como que, según Popper, la ciencia no establece verdades salvaguardadas de revisiones (Chalmers, 2000: 66). También, como nos enseñó Max Weber (2009), que en Ciencias Sociales siempre se parte de una perspectiva configurada en torno a los valores de nuestra época y que determina a qué prestamos aten-

ción. Pero que los hechos estén entremezclados con nuestras estructuras simbólicas (principalmente conceptos) y no puedan ser conocidos sin ellas no implica que estos no existan “fuera”. Lo que fue, fue, y no puede cambiarse. El árbol hace ruido al caer, aunque nadie lo oiga. Pregunte a su alrededor y encontrará numerosos cuestionamientos de estas premisas en la cultura popular al calor de tendencias orientalistas.

Estudiar la política implica hurgar en multitud de ámbitos opacos, muchos alejados del ciudadano, donde la verdad no es siempre el primer valor. Por ejemplo: para imputar las respectivas responsabilidades de la fallida investidura de Pedro Sánchez como Presidente del Gobierno el año pasado, ¿no necesitaríamos conocer las intenciones y estrategias de los distintos líderes implicados? Pero, ¿cómo conocerlas, si sus intereses son contrarios a desvelarlas y hasta cabe el autoengaño? La verdad de la verdad es que no podemos conocerla por completo. ¿Alternativas?: la ciega militancia.

Los políticos saben, como decía Maquiavelo en el capítulo XVIII de *El Príncipe*, que “cada uno ve lo que parece, pero pocos palpan lo que eres (...) el vulgo se deja seducir por las apariencias (...)”. La posverdad, sin embargo, no se manifiesta en que los políticos mientan o en que les apoyemos aun si mientan para favorecer ciertos valores. La posverdad consiste en que no importe si mientan o no; en negar públicamente haber sacrificado ninguna verdad a cambio de un beneficio político. En que los ciudadanos, como pequeños políticos, tapemos maquiavélicamente (contra Maquiavelo) la tensión entre política y moral.

Esta actitud tenderá a expandirse cuando se intensifica el conflicto social, como ocurre en periodos de crisis económica o revolucionarios. No es nada que los observadores del devenir de Venezuela, un caso límite, no conozcan: al estudiar dicho país cuesta encontrar versiones fiables, incontrovertidas, de los hechos. Ni siquiera estadísticas. Toda opinión es sospechosa de responder al interés y la posibilidad de verdad, sencillamente, se disuelve.

La opacidad del objeto introduce la especulación en la fórmula (pudiendo reducirse, eso sí, mediante la buena investigación y la deliberación). Esta incómoda imposibilidad de certeza, radicalizada por la posverdad, hace surgir las tentaciones de sutura como reflujos obsesivos de verdad: las “conspiranoias”. Al mismo grupo pertenecen las enmiendas a la totalidad que demandan una democracia “verdadera”, transparente y directa; es decir, eliminar todas las mediaciones (medios de comunicación incluidos) y controlar omnipotentes toda acción de gobierno. ¡Como si no hubiera li-

1 El trabajo de Ralph Keyes (2004) es el primer análisis encontrado sobre la cuestión.

2 Véase <https://en.oxforddictionaries.com/word-of-the-year/word-of-the-year-2016>. Mi énfasis.

derazgos, engaños y secretos en una asamblea! Como si las noticias fuesen intrínsecamente noticias.

No quiero descalificar en bloque estas esperanzas frente al continuado simulacro. Pero la promesa tecnológica de convertirnos a todos en periodistas ha mostrado con bastante celeridad que debilitar las estructuras especializadas dedicadas a la verdad informativa sin desarrollar normas sociales que regulen la nueva situación nos inunda de información basura – un proceso además acelerado por la crisis del sector y la penetración de intereses ajenos, que desacreditan a los medios clásicos a diario–. Un titular provocador produce más plusvalía que la verdad, especialmente si favorece a quien paga la publicidad. Parecido ocurriría con una democracia directa digital desprevendida de sus riesgos y debilidades.

Volviendo a los límites científicos, Max Weber (2010) también nos enseñó que establecer hechos y valorarlos son cuestiones diferentes, y que la razón instrumental no puede decirnos qué valores, de tantos que encontramos en conflicto, deben primar. ¿Hicieron bien o mal Pedro Sánchez y demás líderes al tomar las decisiones que tomaron? Hay juicios más incómodos: ¿mayor crecimiento económico o frenar el cambio climático? La ciencia no puede (no debe) hacer estas elecciones en nombre de la política, a riesgo de caer en la autoritaria tecnocracia. Sin embargo, la razón sí puede ayudar a sistematizar los dilemas, presentar los hechos que limitan sus términos y proveer alternativas mediante la tecnología. Que no es poco.

El pensamiento político, además, conlleva algunos fallos endémicos. Michael Freedon (2013: 250–272) señala varios. Primero, el discurso político propone futuros alternativos, con el inconveniente de que el futuro resulta en gran parte imprevisible. Es más, la política pretende cambiar mediante la acción colectiva dicho futuro, hacer posible lo hoy imposible, por lo que algunas mentiras pueden ser, más que engaños voluntarios, estrepitosos fracasos. Segundo: los conceptos que usamos en política para designar lo que queremos son parte de la misma lucha política que pretenden regular. Su significado es disputado entre los adversarios y controvertido entre los aliados, cuando no voluntariamente difuso.

Las verdades políticas tienen que entenderse dentro de todas estas limitaciones, que precisamente justifican la democracia como espacio donde comparar nuestras (limitadas) verdades. Sin embargo, como ya notaran los socráticos en una Atenas dominada por los sofistas –los *spin doctors* del pasado, entonces sin encuestas como brújula–, el expansivo igualitarismo del principio democrático amenaza con hacer todas

las opiniones respetables. “Esa será su opinión” y “no me juzgue” como lemas, sin posible contraste intersubjetivo. Si a esto se suma la versión radical y light de liberalismo que hoy lo acompaña (“déjeme hacer lo que yo quiera mientras no me salte la ley”, confundiendo legalidad y moralidad), todo aderezado de mercado como distribuidor de valor, tenemos un cóctel ciertamente explosivo. En términos Habermasianos: la racionalidad instrumental, impulsada por el neoliberalismo, ha contaminado ámbitos del mundo de la vida donde no deberían estar. En lugar de proveer al “vulgo” de herramientas para pensar con mayor libertad, muchos se han plegado a las (construidas) “demandas”. Así, cuesta hoy criticar la telebasura. La privación de criterios de verdad, como los sofistas defendieron, nos abandona a la ley del más fuerte, lo sea por demagoga, por guapo o por su manejo de las redes sociales (digitales o no, legales o no). Por ello merece recordar la respuesta de Sócrates –siguiendo la interpretación de Arendt (2008)–, bien distinta del autoritarismo platónico: que no todas las opiniones son igual de verdaderas. Que debemos construir la propia verdad con esfuerzo, alternando soledad y diálogo para descubrir no sólo el mundo en común, sino también nuestra mirada particular ante el mundo, que constituye en sí una valiosa verdad. De ahí, la famosa (y vaciada) frase “conócete a ti mismo”.

La posverdad es tramposa, pues no todo es verdad. Y cuando todo el mundo hace trampas minando toda confianza lo que ocurre es que se acaba el juego. Es decir, nuestras sociedades y su democracia. Incluso para quien quiere reformarlas, y limitaciones en mente, es momento de defender la verdad.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (2008): *La promesa de la política*. Barcelona: Paidós.
- Campoamor, R. (2000): *Doloras y Humoradas*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcpk0v3>
- Chalmers, A. (2000): *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*. Madrid: Siglo XXI.
- Freedon, M. (2013): *The political theory of political thinking. The anatomy of a practice*. Croydon: Oxford University Press.
- Keyes, R. (2004): *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life*. New York: St. Martin's Press.
- Weber, M. (2009): *La “objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social*. Edición de Joaquín Abellán. Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, M. (2010): *Por qué no se deben hacer juicios de valor en la sociología y en la economía*. Edición de Joaquín Abellán. Madrid: Alianza Editorial.



#### Pedro Abellán Artacho

Investigador doctorando en Teoría Política y colaborador honorífico del Departamento de Ciencias Políticas III (Teorías y Formas Políticas y Geografía Humana) de la Universidad Complutense de Madrid.

✉ [p.abellan@ucm.es](mailto:p.abellan@ucm.es)